

Escribir sin papel

Relatos



ESTRAPERLO

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



ESTRAPERLO

Durante los años que siguieron al final de la Guerra, el mercado ilegal de productos de necesidad general fue tan perseguido como tolerado. Las autoridades tenían bastante faena con tomar todas las esquinas del poder y liquidar o enmudecer a sus enemigos. Así que el tráfico de mercancías –al por mayor y al por menor– libres de la inspección pública, molestaba en parte a los jefes, pero hasta ellos sabían que hacía llegar comida y dinero al menos a algunos ciudadanos. Además, siempre estaba la posibilidad de requisar alguna partidita de tal o de cual cosa, y esto llenaba las mesas de los enchufados a muy buen precio.

Como en todo mercado negro, el origen de la mercancía era desconocido y la calidad muy variable. Te gastabas el dinero en algo ilegal, así que a la vez te jugabas la cárcel, pero sin saber si al final no iba a resultar un gato en lugar de una liebre. Así era la cosa: lentejas, si quieres (y puedes) las tomas, y si no, las dejas. Al final, todo el que quería (y podía) las tomaba, porque con lo que circulaba a la luz y con todos los timbres en el papel, no había para nada. El hambre roba la vergüenza al tímido y anima al timorato.

En la casa de Asunción la economía dependía de las tareas del campo, así que no era muy boyante. Por entonces los campos, abandonados a la dureza del tiempo los tres años de la Guerra, eran un gran barbecho, sin fuerza creadora, sin lustre. La tierra no es por aquí una huerta, no hay más que mirar, pero por entonces hacía que se le saltaran las lágrimas a más de uno. Especialmente si había que comer de lo que daba. Es de imaginar por ello que en casa de Asunción no abundaba nada. Su padre tejía esparto para ocupar los muchos días sin labor, sobretodo en el invierno y para terminar de llenar la cuenta hasta alcanzar un resultado que quitara el hambre.

En la casa vivían el hombre, su mujer, la niña Asunción, que tenía diez años al terminar la Guerra, y los animales. Además, vivía también una muchacha vecina, de catorce años, que había perdido a toda su familia. En la casa de Asunción dijeron que bien podría salir adelante con lo poco que le tocara. Estos

casos se repetían por todas partes y la chica, una vecina de la misma calle, nacida y criada en una familia de amigos de toda la vida de los padres de Asunción, había aceptado su destino como una pequeña alegría en aquel cuadro tan sombrío. Se llamaba Manoli.

En total, cuatro estómagos de humanos y algunos más de animales. Y las chicas (demasiado pequeñas de todas formas) no podían sacar dinero del campo ni de los albañiles. Manoli era capaz de limpiar, pero ¿quién iba a gastarse el dinero en que le limpiaran la casa en aquellas penurias? Si acaso alguien podía, ya tendría asistenta en su casa.

Nunca faltó el plato en la mesa, a la tarde y a la noche. A veces, la ración era de tamaño de un trío temblón de aceitunas, pero nunca faltó. Y como había tan pocas cosas que limpiar, tan poca comida que preparar, tan poco armario que planchar, eran muchas las tardes en las que, si no salían ellas tres a visitar a alguna amiga, eran unas vecinas las que se cruzaban y se contaban las cosas nuevas del pueblo o los chismes de la radio. A falta de otras alegrías, estas conversaciones eran una delicia para todos los que participaban. Se pasaban en ellas las horas, se informaban bien de lo divino y de lo humano, se conocían nuevas técnicas de la casa, se difundían las novedades. A veces se tomaban su café o su achicoria. En verano, una gaseosa. Pero la mayoría de las veces no se tomaban nada, y esto era el indicio más claro de que no eran reuniones sociales, en las que hay que corresponder o demostrar algo. Eran solamente charlas de amigas.

A la casa de Asunción no iban hombres. Como mucho, el hijo de alguna, que aprovechaba el tiempo para hacer sus deberes. El padre de Asunción, el hombre de la casa, se encerraba en el corral, en la cuadra, y sentado en su taburete tejía de esparto serones, algunos aperos de campo, fundas de damajuana y otras cosas. Así iba fumando pitillos y vaciando un botijo, ajeno a todo lo que se decía en el comedor de la casa. De vez en cuando, salía a casa de alguno a decir cuatro cosas y a echar un dominó. Pero la gente de campo se encuentra bien estando a solas y casi nunca echan en falta la conversación. En esto son casi como los pastores, aunque estos ganan a todos en silenciosos y solitarios.

Manoli se sentaba con las mujeres y charlaba con ellas. Sostenía con las manos una labor de punto y por ello no dejaba de moverlas. Pero no miraba las agujas, miraba a las otras mujeres.

Una vez estaba haciendo una chaqueta para el padre, para estar en casa, una tarde de otoño, pasados los Santos. Hacía ya mucho frío. Las piernas se veían todas debajo de las faldas de la mesa, alumbradas por el resplandor del brasero atizado. Asunción no aguantaba la flama en las piernas y se movía del comedor a

la cocina a menudo. Su madre le encargaba que trajera y llevara la cafetera, el azucarero o las tazas.

A las seis y media quedaba en la tertulia nada más que Emilia la de Arias. Tenía en su casa tantos chicos que procuraba escaparse y remoloneaba para irse. En su lugar se quedaba su madre, que trabajaba de abuela casi todas las tardes. Emilia tenía palique para remolonear dos o tres horas si quisiera. Era muy agradable oírle hablar y entretenía la conversación más que ninguna. Así que aquella tarde de otoño, en el ir y venir del comedor a la cocina, Asunción oyó por primera vez la palabra estraperlo, y como es una palabra tan inimaginable e imposible de entender y se decía en un tono distinto de todas las demás, la niña quedó atrapada por aquello tan raro.

Ni siquiera preguntó luego qué era el estraperlo, porque ya sabía que la explicación no habría pasado de un "tú no te metas que no va contigo".

Y se equivocaba. Lo que Emilia la de Arias se había quedado a contar era un asunto que necesitaba de ella. De ella, de Manoli y de la madre. Pero como no preguntó nada, no le dijeron nada hasta dos o tres días después, cuando estaba todo pensado y decidido. La madre se lo dijo como un plan del que ella iba a formar parte, mientras mojaba pan en su vaso de achicoria. Resulta que Emilia se beneficiaba de unos tratos que tenía un pariente suyo con unos comerciantes de Madrid. Estos de Madrid tenían una concesión para distribuir harinas y grano a otros agentes comerciales de la parte de Córdoba y Málaga. Cada semana hacían un envío por tren. Eso era todo normal y estaba dentro de la ley.

Pero el pariente de la Emilia había negociado con los de Madrid que les daba una cantidad si podían engordar el cargamento viajero con algunos sacos más, sacados de los almacenes estatales. Él los recogía a mitad de camino y luego los vendía en Alcázar o en algún pueblo de cerca. Iban con él Emilia la de Arias y algunas otras mujeres, que previamente le pagaban una cantidad por el puesto en el negocio. La harina se la quitaban de las manos y alguna vez lograban colar unos sacos de azúcar. Entonces, cuando bajaban azúcar, el negocio era verdaderamente beneficioso.

Emilia había propuesto a la madre de Asunción que fuese con ella, porque dos chicas que solían acompañarla en este asunto habían tenido que irse a vivir fuera. Ella ahora no podía recoger la mercancía que le correspondía y antes que dejarla ir, prefería que su amiga la aprovechara.

El negocio se hacía de noche. Un grupo de mujeres salía andando, con camino paralelo a la vía, a veces sobre las traviesas, en dirección a Quero. A un kilómetro y medio o dos del pueblo, se paraban. Allí el tren aflojaba para entrar en Alcázar. Desde dentro, se abría la puerta de un vagón y alguien tiraba los sacos. Las mujeres los recogían y los cargaban a hombros. Volvían al pueblo y en

la camioneta del pariente de la Emilia lo metían y lo repartían por las casas de cada una. Después ellas buscaban por su cuenta cómo vender lo que tenían. El hombre cobraba por adelantado el puesto de las mujeres, así que era el que más ganaba y el que menos arriesgaba.

El estraperlo estaba perseguido y se castigaba con multas y con cárcel. Dependía de la naturaleza del género con el que se traficaba y de la cantidad que se estaba poniendo en el mercado negro cuando te echaban el guante. Siempre había la posibilidad de salir del asunto con pocos arañazos si lograbas caer bien a alguien con suficiente capacidad de decisión. Caerle bien era poder sobornarlo. Ya fuera el guardia que te sorprendía, ya fuera el jerifalte ante el que te llevaban, todos se alegraban mucho de capturar alijos en un estraperlista, porque su detención no conllevaba gloria alguna, como descubrir a un par de rojos irredentos, pero soltarlo por lo bajinis te llenaba la despensa para algún tiempo.

A pesar de todo, cada vez que estas mujeres abandonaban las últimas calles de Alcázar y echaban a andar siguiendo los pocos reflejos de la luna sobre las paralelas de la vía, iban con un miedo atroz a ser descubiertas. Alguna sentía en su garganta un nudo que no la dejaba casi respirar. Otras iban hablando. Como el grupo nunca era mayor de cinco, una hablaba para todas, la que quería la iba escuchando, la que no quería, no. La hora larga de camino parecía que duraba el doble. Con el miedo de ser descubiertas, no sabías nunca si se hacía más larga la ida o la vuelta y todo el recorrido era una amargura grandísima, que se llevaba a cabo sólo por la estrechez y la ilusión de conseguir un extra de dinero para pasarlo mejor.

Con todas estas cosas bien aprendidas, Asunción salió de su casa con su madre. La Manoli al final se quedó con el padre de Asunción para que el hombre tuviera resueltas sus cosas y se contentase con una excusa fácil para no hacer demasiadas preguntas. Se tragó el pobre lo del velatorio de una vieja del barrio del Santo, igual que se tragó las sopas de ajo. Asunción y su madre recorrieron el pueblo hasta lo alto de la Rondilla y allí cruzaron la vía. Desde allí, junto a los raíles, caminando en silencio y vigilantes llegaron al lugar en el que ya las esperaban otras dos. Estaban todas. En marcha.

El frío pellizcaba las orejas hasta por debajo del pasamontañas de lana. Eran las diez y ya helaba. Eso sí, la noche estaba clara y el cuarto creciente ya iluminaba bastante para ver la senda sin tropezar con piedras ni con ceporros tirados. El suelo estaba seco y se podía caminar bien.

Asunción tenía mal abrigados los pies. Se le quedaron entumecidos a poco de salir al campo. Era una niña y por eso mismo no quiso decir nada a la madre. Su debilidad no debía impedir que la aventura tuviese un buen final. Se aguantó el dolor en los pies como se aguantaba el hambre todas las mañanas.

Las otras dos mujeres no eran desconocidas para Asunción y su madre. Nunca las habían tratado, pero sabían quénes eran. Las cuatro se conocían sin que unas hubiesen tratado con las otras. Eran dos mujeres bien fuertes, de treinta o más años, recias, de hablar perpetuo y de buen humor. La madre de Asunción reía las ocurrencias y hablaba con palabras solas. La niña no despegaba los labios.

Llegaron al sitio que ya conocían y se sentaron a esperar. Había un resguardo en una caseta de labranza abandonada a la que le faltaba una pared, que se había derrumbado. Allí se sentaron en los poyos y se dieron calor. Asunción, entre su madre y otra mujer, estaba tan apretada que no se podía mover.

Las dos mujeres que acompañaban a Asunción y a su madre eran primas, hijas de dos hermanos que no habían sido considerados afectos al régimen. No estaban perseguidos porque no habían sido nada ni habían pertenecido a ningún sindicato, pero hablaban con los sindicalistas y esto les había cerrado las puertas. Ahora malvivían de jornales de campo en la vendimia, alguna chapuceja y a veces alguna peonada con una cuadrilla de albañiles. Esto que hacían sus hijas era imprescindible para poder comer en sus casas, en las que se juntaban tres generaciones de bocas y de estómagos. De ellas una, la mayor, que se llamaba Tere, era la que más hablaba. La otra, algo menos habladora, se llamaba Visita. Hablaban entre las dos, pero por su carácter abierto y muy simpático, era fácil sentirse dentro de su charla. La madre de Asunción colocaba a veces algún comentario propio y las otras lo integraban con soltura en la conversación. Contaron historias de la Guerra, de la paz, dijeron recetas de cocina, se confesaron chismes de alcoba, se quejaron del mucho frío, del hambre, de la pena y otra vez del hambre, de la pena y del frío.

A las doce menos cuarto se empezó a oír que se acercaba un tren que llegaba de Quero.

–Ese no es– dijo Tere resuelta, segura, y se removió entera como acomodándose, dando a entender con todo su cuerpo que aquel no era el tren que tenía que venir y que aún quedaba tiempo de espera. Bostezó y se sacudió un escalofrío. Asunción lo vio todo mirándola sin reservas. Con su escalofrío, la mujer hizo que la niña se acordase de su dolor de pies. Seguían helados, seguro que morados. Pero no rechistó.

El tren pasó a veinte metros de ellas, sin que ninguna se moviera. La madre de Asunción pasó verdadera angustia, ella no sabía qué tren era el que esperaban. Cayó en ese instante en que nadie le había dicho nada sobre cómo reconocer el tren correcto. No le quedaba otro remedio que confiarse a Tere, que parecía saber con seguridad cómo iban a reconocer que llegaba el tren señalado. Pero el nuevo desasosiego se sumó al estado de temor que poblaba todo su cuerpo.

-¿Cómo sabes que no es ese tren?-, preguntó la madre de Asunción.

-Pues porque yo ya sé cuál es el tren y ese no era. Y aún falta otro que tampoco es y luego ya viene el de Málaga, el bueno.

En efecto, pasó otro tren y las cuatro mujeres lo dejaron pasar sin hacer ademán de levantarse. Pero aquellos segundos que tardó el tren en dejarse oír, dejarse ver, pasar por delante, perderse y callarse, fueron un sinvivir para la madre de Asunción. La mujer no estaba tranquila en absoluto y a poco estuvo de levantarse y hacer alguna señal para que vieran los del tren que estaban allí. Pudo la razón sobre la bola de sentimiento que gobernaba su vientre y se quedó sentada.

Aún hubo que esperar quince o veinte minutos más. Por fin se oyó una máquina. Tere se enderezó y escuchó.

-¡Este es!- y se puso en pie. Y su prima se levantó a continuación. Y la madre se Asunción y Asunción detrás. Se estiraron las tres mayores y volvieron a notar el hielo en la cara y en el cuerpo. Alguna hizo algún movimiento brusco con los brazos, imitación de un molino o golpes con fuerza como dándose abrazos a sí misma. La niña las miraba y se sorprendía de que pareciera todo tan normal, justo cuando ella estaba tan nerviosa que el corazón le latía en la misma garganta. Ella no sabía que todas estaban igual, a pesar de que quisieran aparentar lo contrario. Se agarró de la mano de su madre y la mujer la asió con fuerza, como diciéndole que no iba a permitir que le pasara nada malo. Pero de golpe la soltó, porque se dio cuenta de que necesitaba sus dos manos para todo, y además las manos de la niña, y no estaban allí en aquel frío para decirse que se querían, sino para aumentar un poco la despensa aunque tuvieran que arriesgar en el intento su propia libertad y su propia seguridad.

La máquina se acercaba. En el traqueteo general que la traía hacia el grupo de mujeres, era posible notar que el ritmo iba decreciendo. El tren aflojaba la marcha un poco. Era desesperante, porque el ritmo era cada vez menor y la máquina, al aflojar la marcha, retardaba el momento de cruzarse con ellas, con las mujeres que aguardaban frente a la ruina donde se habían cobijado. Por fin, la máquina alcanzó el punto de cruce. Ellas estaban semiocultas en lo oscuro. Al pasar junto a ellas la locomotora, dieron pasos decididos hacia el tren. Era un mercancías largo, largo, largo. Tendría en total más de veinte vagones, todos de material, ninguno de pasaje. El que hacía diez venía con las puertas abiertas. Se asomó una cabeza y salió un brazo que hizo una seña. Tere movió su brazo en respuesta, aunque nadie la vio porque la cabeza no estaba ya asomada. Al acercarse más, dejaron caer un saco, otro, otro. Ya frente a las mujeres, tiraron otros dos sacos, y aún cayó otro más cuando había pasado de largo. Luego la puerta se cerró y el tren siguió, cada vez más lento y cansino, hasta llegar a la

estación de Alcázar.

A partir de entonces venía lo realmente difícil y peligroso. Hasta ese momento, no habían cometido ningún delito. Ahora, con los sacos en su poder, tendrían que dar muchas explicaciones si las llegaban a pillar. Tere dirigió con resolución la primera escena. Cada cual llevaba sus sacos. Todas traían una correa hecha de tal modo que permitían cargar un saco a la espalda. Con una mano controlaban su vaivén y aliviaban mínimamente el peso que debía soportar el espinazo. La otra mano les quedaba libre para agarrar un pico de otro saco, que era transportado entre dos. Asunción no cargaba a la espalda, pero en cada mano llevaba el pico de un saco: uno lo compartía con su madre, el otro con Visita. Tere, la más fuerte, cargaba un saco a la espalda y otro abrazado por delante de su torso.

Comenzaron el camino de vuelta. Iban ahora sin hablar. Tenían que pararse a cada poco. Se paraba una y la imitaba otra. Luego seguían. Jadeaban, ya no sentían frío en el cuerpo, pero los pies les dolían a todas, sobretodo a la pequeña Asunción, que seguía callando su horrible dolor. Ahora, con el enorme peso, no podían ir sobre las traviesas de la vía. Caminaban con dificultad sobre la tierra helada: a veces había camino y a veces se borraba y pisaban matojos y zarzas igualmente heladas. Tuvieron que hacer una parada de quince minutos en mitad del recorrido. Aunque veían las luces del pueblo, no llegaban nunca hasta ellas. Parecía un juego inhumano, una suerte de palo y zanahoria sobre un burro cargado de manera atroz. Asunción estuvo muchas veces a punto de desfallecer, de echarse a llorar y salir corriendo. Pero su pundonor de niña no se lo permitió. Aguantó su dolor de pies y ahora también el dolor en los brazos.

Por fin alcanzaron el cambio de agujas. Dejaron los sacos en el suelo y recuperaron fuerzas. Ya estaba conseguido. Desde allí veían el lugar en el que estaba esperando la furgoneta vacía. A esa hora de la madrugada y con ese frío no había en los andenes nadie y en todo el pueblo no habría en la calle absolutamente nadie. Sólo ellas. Este pensamiento hizo que la madre de Asunción se sobrecogiese. Pensó en su marido, abrigado en la cama, y en su calle vacía, esperando la primera luz. Emocionada por todo, abrazó la cabeza de su hija y la besó en la frente y en la mejilla.

Se dieron ánimo la última vez y cargaron de nuevo los sacos. Al arrancar a andar, oyeron, sin saber de dónde salía, una voz sorda que gritaba cerca de ellas:

–¡Alto! ¡Guardia Civil!

El terror se hizo con las cuatro. De golpe se acabó su vana alegría y pensaron en lo difícilmente que iban a poder explicar su situación y en lo que podía ser que las esperara. Alguna sintió deseos de correr. Pero las cuatro estaban clavadas en aquella porción de tierra y ninguna pudo dar ni un paso.

–¡Guardia Civil!– repitió el hombre, ahora más como informando y a modo de saludo– Decidme ahora mismo qué tenéis en los sacos y qué hacéis aquí a esta hora.

Era un número de la Guardia Civil, con su bigote y su tricornio. Digamos que tendría los cincuenta años. A la poca luz de aquel lugar, su cara se veía entre sombras, pero sus ojos grandes se iluminaban bien. Al ver que las mujeres callaban, insistió.

–¡Que qué coño lleváis ahí!

–Lo que a ti no te importa– le soltó Tere. Las demás no pestañeaban.

–¡Hombre!, a lo mejor me importa porque me lo voy a llevar. Así que no te hagas la lista y pon en el suelo los sacos que llevas. Y vosotras igual. Y andando a casa que con este frío no tengo ganas de veros más .

La rabia que les causaba la impotencia no se puede decir en unas líneas, porque era una emoción insoportable. Asunción, que lo comprendía todo al instante, quiso llorar, pero se aguantó. Su madre dejó en el suelo su saco y el compartido. Cogió la mano de la niña y, agarrándose a la última advertencia del guardia, quiso poner a salvo lo que aún se pudiera echando a andar. Justo cuando iba a moverse, vio que Tere se echaba mano al vientre, buscando entre la ropa. Salió a la luz otra sombra, el compañero del guardia, que se hacía notar para evitar cualquier ataque. Tere sacó una navaja y la abrió y la clavó en el costal y lo rajó de lado a lado, luego en otro. Por fin, los tumbó y de los cortes salió una lengua blanca de azúcar que brillaba sobre el suelo negro. Con los pies Tere removió el azúcar con la tierra.

–¡Ahora te lo llevas y te lo comes!– decía mientras seguía bailando sobre la mancha luminosa.

El guardia la cogió de un brazo y de un tirón la hizo parar. La navaja cayó al suelo. El hombre le gritó:

–¡Ya está bien! ¡Ya me has tocado los cojones! ¡Sáez!, déjales un recuerdo a estas y a la valiente la llevamos al puesto.

El otro guardia avanzó hacia las mujeres. No abrió la boca, sólo alzó el fusil y descargó un golpe seco con la culata sobre la espalda de Visita y sin dejar que nadie reaccionara, dejó otro golpe idéntico sobre la madre de Asunción. Se acercó a la niña, bajó el arma hasta dejarla descansar en el suelo. Sin contemplaciones, le soltó una bofetada con la mano abierta.

–¡Hala, venga! ¡A casa!– les dijo el otro con su voz seca.

Las tres mujeres echaron a andar. Asunción lloraba ahora con hipo entrecortado. Su madre y Visita callaban mordiendo el veneno y con los ojos llenos de lágrimas. El cardenal sobre su espalda les duraría varias semanas.

A Tere se la llevaron y la tuvieron encerrada un día. La soltaron luego sin

cargos, para no tener que explicar qué había pasado con la mercancía incautada.

Visita, Asunción y su madre llegaron a donde esperaba la furgoneta, que por supuesto ya no estaba allí. Tuvieron que recorrer el pueblo y el frío con los ojos llenos de lágrimas, el corazón lleno de rabia y las manos vacías y metidas en los bolsillos.